

Los tíos forasteros

NADA más lejos de la realidad que ser el forasterismo una cuestión alcazareña. Bastaría para probarlo, recordar la conocida y verídica expresión de que «nadie es profeta en su tierra» y si la tierra es esta «échale hilo a la cometa», pero en Alcázar tenía la cuestión sus matices especiales, también puntualizados en expresiones conocidas.

Una:

—¿Quién se ha muerto?

—Nadie, un tío forastero.

Otra:

—¿Quién vive ahí?

—D. Juan, el de la bodega del Marqués; o D. Alfonso Grande.

—¿Y ahí?

—Pablete o «Saminón».

Estas expresiones, libres y espontáneas, son más demostrativas que cualquier razonamiento de la forma que el pueblo apreciaba esta cuestión y de cómo supervaloraba siempre lo ajeno sobre lo propio.

El caso de la «Ojanca» en el Juzgado de Paz, al ver allí a Moraleda y a «Frasco», a los que ella llamó, acto continuo, gratamente esponjada, «par de penitentes» sintiéndose libre del acento que llevaba al ir a inscribir a un niño, sin saber a quién se encontraría allí, es elocuentísimo.

Ella suponía que el juez sería un desconocido (seguramente, forastero), que le diría cosas a las que no sabría contestar y de ahí su zozobra, pero al encontrarse con alcazareños, arrojó en un suspiro sus temores, soltó lo de penitentes, como queriendo decir: «Yo creía que aquí había alguien» y les dijo que apuntaran al chico, quedándose tan tranquila.

No hay en la actitud de la «Ojanca» menosprecio para D. Gregorio y D. Antonio, sino honda cordialidad, que es menester penetrar y entender; llaneza, familiaridad y profunda satisfacción por estar entre su gente

De la misma manera hay que interpretar el caso del muerto, pues es idéntico; el «nadie, un tío forastero» significaba el no saber ni poder dar explicaciones claras y precisas y, aunque poco cortés para oído por extraños, representaba una fórmula, un modo de responder a la pregunta, sintiendo mucho no poder hacerlo mejor, como si el muerto hubiera sido «Garrancho» o «Pinago», que con una palabra todo el mundo hubiera quedado enterado, pero en el caso de no saber «cómo le decían al hombre muerto» la ignorancia y el deseo de puntualizar se resolvía con una negación abreviada, «nadie», en el sentido de no saber cómo explicarse para ser entendido y evitar el rodeo que al fin se daba.

—¡Hijal! ¿Y quién te voy a decir que es? ¿Te acuerdas de unos que vinieron cuando el alcantarillado, que se fueron a vivir por la Balsa, que luego se quedaron aquí, que un hijo se casó con una de la Ruperta, que tenían una chica muy jara, que luego decían que se habían ido por ahí y se volvieron otra vez? Pues el padre de la mujer de otro que venía con ellos, es el que se ha muerto.

¿Ofrece esto dudas?

Pues, por si acaso, hay la prueba concluyente de la hospitalidad alcazareña, de largo origen, aunque acrecentada por el cosmopolitismo engendrado por la Estación en términos no igualados por ningún otro pueblo y similares a los de Madrid en relación con su capitalidad.

La cordial acogida y convivencia fraternal con todo el mundo ha proporcionado a Alcázar muchos beneficios, como que ha hecho cambiar su vida radicalmente, según se demostrará en otro lugar. Incluso en las cosas exclusivas del lugar se nota a la legua el aire de fuera y su favorable influencia, siendo un honor para la ciudad que las personas llegadas aquí accidentalmente se hallen tan a gusto que resuelvan enterrarse en «Chaleco».

Aquí las desatenciones, si las hay, son para los indígenas, para los que se ha visto andar a